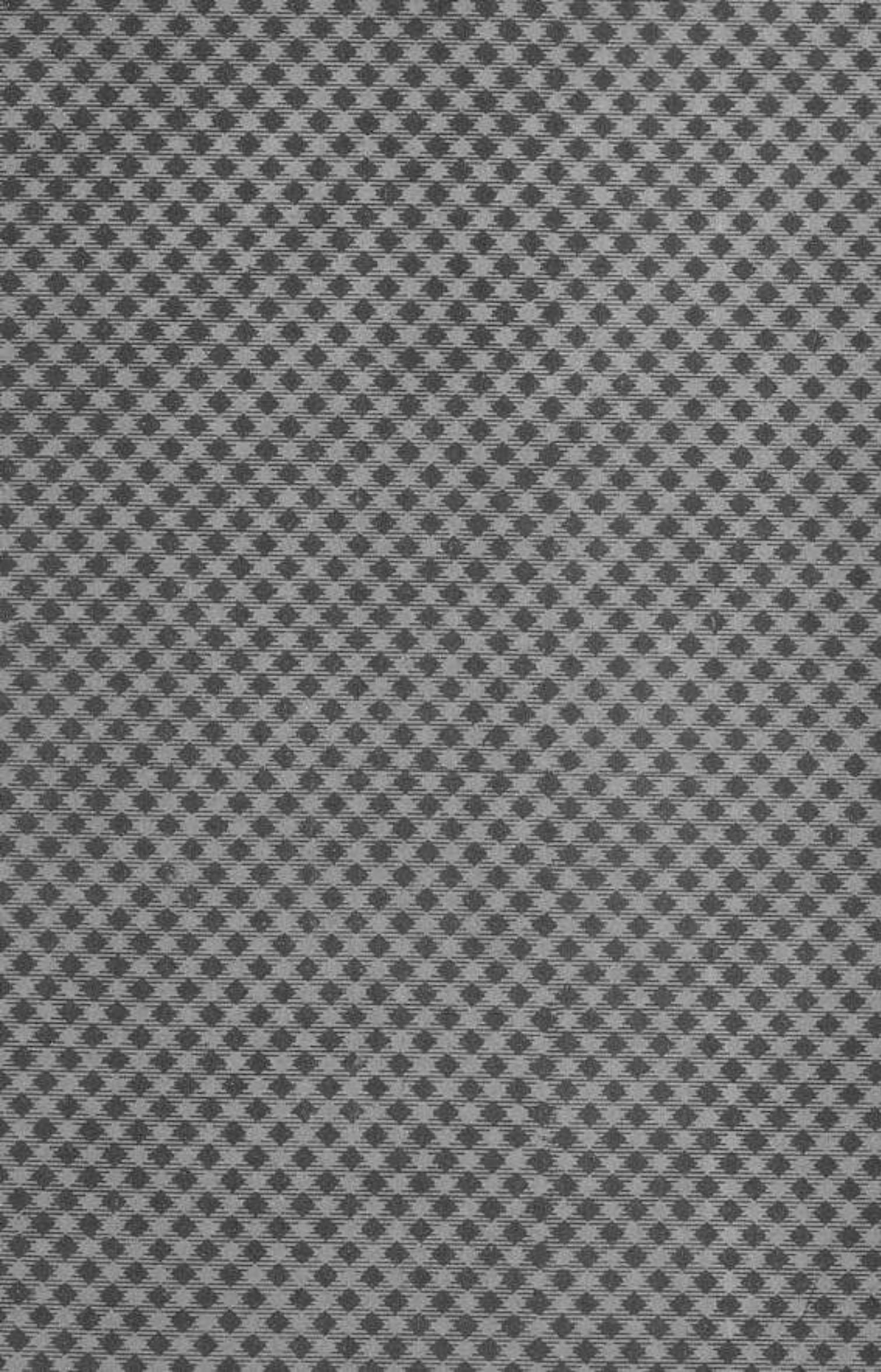






MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS

EX LIBRIS



W. H. D.

LUIS MAZZANTINI

W

BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN X

LUIS MAZZANTINI



MADRID

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

Calle de la Verónica, 13 y 15.

1907



I

El aprendizaje.

Luis Mazzantini es ejemplo viviente que patentiza el poder incontrastable de una enérgica voluntad, puesta al servicio de una ambición tan grande como legítima.

Nacido en rango, aunque modesto, muy superior y, sobre todo, muy distinto al en que viven y se desarrollan la mayor parte de los individuos que al toreo se dedican; mal avenido con los escasos bienes de fortuna que sus burocráticas tareas le proporcionaran; ardiente aficionado á la lidia de reses bra-

vas, tanto, por lo menos, como lo fuera al *bel canto*; impaciente en su anhelo de ocupar una posición desahogada y distinguida en la sociedad; estimulado en sus ansias de riqueza por las pingües ganancias que con su trabajo adquirían toreros y cantantes; reconociéndose, al mismo tiempo, carente de condiciones para ser un artista lírico notable; sintiéndose, á la vez, dueño del valor necesario á luchar con las fieras; seduci-do quizás por los encantos que á las al-mas grandes ofrecen los peligros en cualquiera profesión, y más á quien se considera con la indispensable fortaleza de espíritu para arrostrarlos y vencer-los, decidió Mazzantini, en su juventud, hacerse matador de toros, aunque care-cía de los conocimientos fundamentales que debe poseer todo el que aspire á conquistar el título de maestro en *re-taurina*.

«Cuando apenas le sombreaba el bo-zo, servía ya el cargo de secretario par-ticular del caballero Marchino, Jefe de

las caballerizas reales en tiempo del rey D. Amadeo; de allí salió á desempeñar el empleo de factor telegrafista en las compañías de ferrocarriles del Mediodía y de Ciudad Real á Badajoz, pasando más tarde, en clase de Jefe, á la estación de Santa Olalla, en la línea de Cáceres.

»No era en este cargo tan buen empleado como debiera: abandonábale por ir á torear en todas las capeas de los pueblos inmediatos; veníase á Madrid con igual fin á las becerradas de los Campos Elíseos (1), y rara vez perdía una corrida de toros de nuestra gran plaza, fingiéndose para el servicio de su

(1) Los llamados *Campos Elíseos* formaban un extenso jardín ó parque, situado extramuros de la puerta de Alcalá, sobre los terrenos que hoy ocupan aproximadamente las calles de Velázquez y Pardiñas. En su recinto existían un bonito teatro, una ría *navegable* y la famosa plaza de toretes, que tenía la entrada por la calle de Hermosilla, y en la que se efectuaban fiestas de becerros corridos por aficionados todos los lunes.

empleo unas veces enfermo y otras dejando en su lugar á gente subalterna. De tal modo cansó á la Compañía del ferrocarril su comportamiento, que llamado por el Jefe superior de dicha línea D. José Echegaray, y reconvenido fuertemente, contestó que sus inclinaciones le llevaban á torear mejor que al desempeño de su modesto empleo, que nunca le había de proporcionar el bienestar que él ansiaba.

»Dejó su destino, y encontróse, como suele decirse, sin oficio ni beneficio.

.....

»No quería empezar por echar un capote ni clavar un par de banderillas, que eso tiene el mismo peligro que el de matar toros, tárdase en adelantar y la utilidad es corta; así, que ensayó sus fuerzas á presencia de varios inteligentes aficionados en la ciudad de Talavera de la Reina, donde mató dos toros de cinco años á satisfacción del público, y luego en Madrid en alguna becerrada

de las que anualmente celebraba la sociedad de socorros de los empleados de ferrocarriles» (I).

Mazzantini se presentó por primera vez en Madrid, como matador de novillos, el 5 de Diciembre de 1880 y su trabajo agradó á los inteligentes, que apreciaron en el neófito condiciones nada comunes para ser algún día excelente estoqueador de reses bravas.

Después toreó varias corridas en las plazas francesas, y el año 1882 embarcó, ventajosamente ajustado, para Montevideo, donde hizo una campaña brillantísima y lucrativa.

En otra ocasión, al trazar la silueta de nuestro biografiado, expresamos en esta forma la impresión que produjo entre los aficionados la aparición de Mazzantini en el estadio taurino.

«Cuando empezaba á declinar la estrella de aquellos colosos que se llama-

(I) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómaco*, pág. 486.

ron *Lagartijo* y *Fascuelo*, ya en el ocaso de su vida torera, apareció en el horizonte de la tauromaquia contemporánea un astro, cuyos brillantísimos fulgores deslumbraron á la afición, prometiéndola días de entusiasmos y bienandanzas; Luis Mazzantini, vino á compartir con Rafael y Salvador las simpatías, la admiración y los aplausos.

»Los que, por suerte ó desgracia, hemos asistido á los comienzos de la existencia taurina de Mazzantini, recordamos con fruición, no exenta de ciertos dejos de amargura, aquella época de engrandecimiento para el arte, en la que Luis, recién llegado al palenque, logró mantenerse á la altura de los incomparables maestros *Lagartijo* y *Fascuelo*, que, aunque iniciada ya su decadencia, conservaban todavía facultades más que suficientes para no consentir que cualquier advenedizo se les pusiera por delante.

»La primera tarde que Mazzantini alternó como matador de toros en la pla-

za de Madrid, la afición, cansada de quemar incienso un día y otro, durante muchos años, en las aras de los mismos ídolos, sintió profunda sacudida, y entusiasmada ante los viriles arrestos del nuevo espada sacudió la modorra en que su aburrimiento la había sumido y llevó de boca en boca el nombre de Luis Mazzantini, como el único digno competidor de los dos colosos que hasta entonces pisara los taurinos ruedos.

»Cundió la fama del neófito de un extremo á otro de la Península, repercutió en las lejanas playas de América, y pronto el modesto exfuncionario de ferrocarriles fué el hombre del día, la actualidad palpitante, el espada de moda; las empresas se disputaban su cooperación, y sobre él llovían, materialmente, las contratas, hasta el punto de poder asegurarse que Mazzantini ha sido el torero contemporáneo que más dinero ha ganado en menos tiempo.

»¿A qué obedecía el entusiasmo con

que la afición acogió el nombre del nuevo astro?

»¿Era Luis Mazzantini un torero tan perfecto que eclipsara las gallardías de *Lagartijo* y el arrojo, casi temerario, de Salvador?

»No, ni mucho menos; Mazzantini jamás ha sido torero. En sus manos, el capote y la muleta resultaban objeto de puro adorno, complemento de indumentaria y nada más: eso lo han reconocido siempre, desde el primer día, hasta sus más entusiastas partidarios.

»La clave de aquel éxito portentoso, estribó en la elegancia de Luis cuando se *perfilaba* á dos pasos de la fiera, y en el valor con que arrancaba á herir, cruzando los brazos con matemática exactitud al consumar la suerte del volapié; la ejecutaba con tal maestría, con precisión tan grande, que rara vez se vió en la necesidad de repetir para acabar con la existencia de sus feroces adversarios. No era torero, pero sí un excelente matador de toros.

»Luis Mazzantini promovió una verdadera revolución en las costumbres de la torería.

»Hijo de modesta familia, educado en una esfera superior á la de la mayoría de sus compañeros, hizo gala de ciertos refinamientos de cultura y elegancia entre la gente de coleta que le revistieron de gran prestigio, hasta el punto de que los toreros, casi siempre, le distinguieron llamándole *don Luis* (1) con respetuosa deferencia, como si se tratase efectivamente de un individuo ajeno á la profesión.

»Desechó por impropio de su *modo de ser* y pensar el pantalón entallado, la chaquetilla corta, la faja y el *calañé*, prendas clásicas de la indumentaria taurina, sustituyéndolas por el traje de calle usual, siempre de corte irreprochable, arreglado al último figurín,

(1) El título correspondía á Mazzantini por derecho propio, pues en 1875 obtuvo el grado de bachiller en Artes.

como vestir pudiera el más delicado *gentlemen*.

»Su carácter expansivo, su cultura nada vulgar y los legítimos triunfos que alcanzó en los comienzos de su carrera, le captaron muchas simpatías, que aún conserva, y le hicieron el *niño predilecto* de los aficionados durante muchas temporadas.

»El ejemplo de Mazzantini ha contribuido eficazmente á la actual decadencia del arte; sentó plaza, por decirlo así, de capitán general, y su buena suerte le ayudó á subir rápidamente á lo más alto de la montaña.

»Después, salvo algunas, muy pocas, excepciones, todos los toreros han querido ser espadas sin haber toreado; y á diario vemos que surgen diestros embrionarios, que más ó menos pronto ruedan al abismo de la indiferencia para morir olvidados en el montón anónimo de los toreros mediocres.

»No hay que hacerse ilusiones: los que para dedicarse á la lidia de reses

bravas sólo cuentan con el valor, á veces temerario, cuando éste se acaba, que suele ser más pronto de lo que creen los interesados, como carecen de esos recursos que presta la inteligencia y el conocimiento profundo del arte, se anulan, y en una hora de desfallecimiento borran los éxitos obtenidos y que, por carecer de sólida base, fueron efímeros como el súbito fulgurar de los relámpagos» (1).

Cuando Mazzantini regresó á España desde Montevideo, se presentó en las principales plazas de Andalucía, con tan brillantes auspicios, que dos años más tarde—1884,—á los veintiocho de edad (2), decidió tomar la al-

(1) *D. Hermógenes*, autor de este folleto y los publicados anteriormente en la *Biblioteca «Sol y Sombra»: Siluetas taurinas.—Luis Mazzantini*, artículo publicado en el núm. 82 del semanario ilustrado *Iris*.—Barcelona 1.^o de Diciembre de 1900.

(2) Luis Mazzantini y Eguía, hijo de don

ternativa de matador de toros, creyéndose ya en aptitud suficiente para alternar con los más afamados maestros de su época.

José y doña Bonifacia, nació en Elgóibar (Guipúzcoa) el 10 de Octubre de 1856.



II

Mazzantini, matador de toros.

Pocas figuras del toreo contemporáneo fueron quizás tan discutidas como la de Luis Mazzantini.

Era una especie de planta exótica, aparecida en los jardines de la tauromaquia.

Carácter, cultura, educación, costumbres, le hacían un torero desemejante en absoluto á casi todos sus colegas.

Esa circunstancia dió enseguida marcado relieve á su personalidad.

Las multitudes, impresionables ante

todo lo que, por extraordinario, logra conmoverlas, entusiasmáronse al ver un *señorito*, que vestía con elegancia, era concurrente asiduo al teatro Real, alternaba con lo más selecto de la buena sociedad madrileña, poseía idiomas y se expresaba en términos correctísimos, mostrándose en todas ocasiones cumplido caballero, vestir el traje de luces y luchar en la plaza con las fieras, fiado más en su valor personal que en su destreza—de que carecía—para dominarlas y vencerlas, compitiendo con los toreros más famosos de la época.

Cuando Mazzantini regresó de su primera excursión á las playas americanas, de tal manera cundió por la Península el renombre de Luis, que pronto las empresas disputábanse el concurso del novel matador para combinar carteles que ofrecieran al público alicientes que, reforzando los ingresos en taquilla, las proporcionasen pingües beneficios.

Y el novillero Mazzantini, ya célebre estoqueador de reses bravas, recorrió en triunfo continuado las plazas más importantes de España y el extranjero, haciéndose pagar largamente y siendo, durante algún tiempo, el ídolo de los jóvenes aficionados.

Los antiguos, en cambio, no veían con buenos ojos aquella intrusión de un *advenedizo*, sin abolengo taurino, que no había hecho su aprendizaje como los demás toreros y que, de la noche á la mañana, vino á ocupar un puesto en primera fila para disputar aplausos, contratas y simpatías, nada menos que á los dos incomparables maestros *Lagartijo* y *Fascuelo*.

Tal atrevimiento en un hombre cuyos antecedentes eran opuestos en todo á los hábitos de la torería, levantó verdaderas tempestades de censuras entre los apasionados admiradores del ayer, quienes no perdonaban ocasión de zaherir al *intruso*.

Mazzantini hubo entonces de sopor-

tar las amarguras y sinsabores que experimentan siempre los revolucionarios, tanto en política, como en religión, ó en cualquiera otro medio social: toda revolución significa choque violento entre el pasado y el presente, lastima intereses, ataca ideales y trastorna, en fin, cerebros y conciencias, por virtud del momentáneo desequilibrio que se produce al entablar la lucha.

Luis había promovido una intensa revolución en la tauromaquia.

Primero, comenzando el ejercicio de la profesión por donde los demás solían acabar; no figuró nunca como peón ni banderillero en cuadrilla, ni tomó lecciones de ningún maestro.

Empezó matando, y apenas si poseía más conocimientos del arte que los imprescindibles para deshacerse de los toros con arrojo, no exento de habilidad.

Después, su espíritu revolucionario llegó á reformar algunos usos muy

arraigados hasta entonces entre los toreros, quienes poco á poco fueron adoptando los gustos y costumbres del innovador, por encontrarlos quizás más cómodos y en armonía con las necesidades de la época.

Eso también fué causa de que los aficionados de *aquellos tiempos!* se rebelasen contra el hombre que de ese modo rompía con la tradición veneranda y venerada durante un siglo, como intangible y perdurable por toda una eternidad.

Pero á la vez el revolucionario hacia prosélitos y, sin gran esfuerzo, logró muy pronto contar con un partido grande, formado por valiosos elementos, que no tardaron en imponerse, proclamando á Mazzantini *rey del volapié*.

Lo era, y esa fué la base de su encumbramiento.

Para demostración de la notoriedad alcanzada por Mazzantini, bastará con-

signar un hecho esencialmente significativo.

Conocida es, de antiguo, la pasión que á los aficionados sevillanos domina en favor de los toreros nacidos en la capital andaluza.

Son los preferidos siempre, y rara vez han logrado triunfar en la plaza de Sevilla los diestros procedentes de otras regiones, á no contar con méritos indiscutibles é insuperables.

El mismo Rafael Molina hubo de experimentar terribles amarguras en el coso sevillano, del que salió una tarde tan maltrecho y desalentado, que hizo propósito de no presentarse en él otra vez.

Allí han fracasado muchos diestros, que en las demás plazas eran estimados y aplaudidos como excelentes lidadores, quizás por el sólo hecho de no ser sevillanos.

Parece lógico que, tratándose de un matador tan distanciado, personal y artísticamente de lo que era costumbre

entre sus compañeros de profesión, se acentuara aquel despegó con que los aficionados de Sevilla suelen tratar á los diestros que no son paisanos suyos.

Lejos de ser así, puede asegurarse que á los sevillanos debe Mazzantini gran parte del éxito alcanzado por sus faenas.

Su aparición en el coso sevillano fué acogida con simpáticas demostraciones; Luis—como César—*llegó, vió y venció* á los aficionados andaluces, produciendo entre ellos un verdadero alboroto, que muy pronto cundió de un extremo á otro de España.

Los periódicos de la antigua Bética se constituyeron heraldos de la fama del matador guipuzcoano.

Sus ditirámbicos elogios hallaron eco en otras regiones, que pusieron todo su ahínco en ver y celebrar las excepcionales aptitudes del novel espada.

Así las cosas, en tan próspero camino para nuestro biografiado, el día 13 de Abril de 1884 recibió aquél la su-

prema investidura, que le otorgara en la plaza de Sevilla, donde tan señalados triunfos obtuviera, el célebre Salvador Sánchez, *Fascuelo*.

Alternativa que le fué plenamente confirmada en Madrid por Rafael Molina, *Lagartijo*, la tarde del 29 de Mayo del mismo año, en la que el recipiendario Luis Mazzantini mató, en primer lugar, el toro *Morito*, de Murube.

De ese modo quedó Luis consagrado matador de toros por los dos maestros más famosos y queridos en su época.

Como dice el refrán ultrapirenáico: *á tal señor, tal honor*.

Diremos algo ahora de los méritos que poseía Mazzantini como lidiador.

Su nombre—aunque él afortunadamente vive—pertenece á la historia.

A fuer de historiadores imparciales, expondremos clara, terminante y francamente nuestra opinión respecto al particular objeto del presente estudio.

Nuestros juicios tendrán por base la verdad de los hechos,

Ni censuramos por sistema, ni aplaudimos por capricho.

Este género de trabajos, más pertenece al porvenir que al presente; escribimos, pues, para los aficionados de mañana.

Si ese criterio guiara á cuantos del toreo escriben en la actualidad, no viéramos tanta medianía endiosada, ni confundiéramos con lamentable frecuencia el oro y el oropel.

Los que, al andar del tiempo, dentro de veinte años se dediquen á la interesante labor de revolver y estudiar papeles viejos, formarán un concepto muy erróneo de lo que es hoy la tauromaquia, si no encuentran más fundamento para sus investigaciones, que los muy deleznables ofrecidos de presente por críticos y revisteros.

Consultando unos y otros, se encontrarán con la grata sorpresa de que apenas habrá existido un mal torero desde los comienzos del siglo xx.

Todos son buenos, excelentes, ópti-

mos: unos, porque matan más que el cólera morbo; otros, porque toorean como no soñara el *mismísimo* Paco Montes; y otros, porque aunque ni matan, ni toorean, tienen mucho *ángel* y mucho *aquel* y requetemuchísima gracia para llevarse de calle *bombos* y simpatías...

Las almas tiernas, los corazones sensibles, siempre encuentran resquicio para la benevolencia, y se muestran más dados al aplauso que á la censura; y aun si alguna vez necesitan apelar á ésta, lo hacen con tales atenuaciones y miramientos, que apenas dejan ver la amargura de los juicios envuelta por el almibar de la expresión.

Aristarcos de guante blanco y grandes agradadores de todos los Segismundos, ellos contribuyen, en parte, á que la afición ande un poco desorientada en eso de juzgar las cosas del toreo.

Sin querer, hemos ido más allá de donde nos propusimos llegar.

Perdone el lector esta digresión, que

acaso no resulte inoportuna, y volvamos al tema de Mazzantini.

«No maneja el capote con soltura, ni gracia, sirviéndole únicamente de poderoso auxiliar para hacer quites oportunos y arriesgados, con tan valiente arrojo como los hacia el inolvidable *Frascuelo*, que nadie ha repetido desde que aquél se retiró de la arena; clava de frente las banderillas, y al cuarteo perfectamente, midiendo bien los tiempos, pero débelo á su fuerza de piernas y elevada estatura en muchos casos; maneja la muleta sin considerarla en toda su importancia, aunque siempre la utiliza con gran golpe de vista, en oportuna defensa; para menos de lo que hay derecho á esperar de él, por más que últimamente ha dado pases á pié quieto, de mérito indisputable, y en cuanto á matar, lo hace comunmente arrancando ó á volapié; pero, ¡de qué manera! Colócase en línea recta con el testuz del toro, ármase con elegancia y lía con soltura, formando una figura que nos

recuerda la de Pedro Romero pintada por D. Juan de la Cruz Cano, arráncale rápidamente y consuma el volapié de tan magistral manera, que no pudo soñarlo su inventor.

»Esto en la mayor parte de los casos.

»Pero nada más. No hay que pedirle que *reciba toros*, que esa admirable suerte la han olvidado todos los modernos toreros» (1).

Otra manifestación de lo que puede una voluntad firme dirigida á un propósito determinado por una inteligencia no común, vemos en el ejemplo de Mazzantini que, ignorando casi en absoluto las prácticas del toreo cuando empezó su ejercicio, dedicado exclusivamente á matar toros, no tardó mucho tiempo en hacerse un banderillero muy aceptable, como indica en el párrafo transcripto el Sr. Sánchez de Neira, y un excelente director de lidia, mérito

(1) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómaco*, pág. 488.

que ni sus intransigentes adversarios pudieron negarle; por otra parte, aunque sin adornos ni filigranas, dedicóse, con especial empeño, á hacer *quites*, metiéndose en terrenos de verdadero compromiso para él, fiado en sus portentosas facultades.

Esa fué su especialidad; los picadores solían decir:

—Cuando Mazzantini está en la plaza, vamos al toro con la mayor tranquilidad.

En efecto: Luis no descuidó nunca ese importantísimo deber de todo matador, y con la sobriedad característica de su toreo, entraba á los *quites* de poder á poder, llevándose los toros, más que empapados en los vuelos del capote, consentidos con su cuerpo, y aun, si el caso apuraba, luchando poco menos que á brazo partido con la fiera.

Supo siempre colocarse en el sitio que le correspondía y por eso llegaba con oportunidad á todas partes.

En cuanto á sus aptitudes como director de plaza, ya lo hemos dicho: po-

cos matadores, antiguos ni modernos, le han igualado; ninguno ha conseguido aventajarle.

Cuando él ocupaba el puesto de primer espada, no consentía desmanes de ningún género, y la lidia se llevaba con tal orden, que rara vez hubo ocasión de censurar el descuido más insignificante.

Dispuesto á llegar hasta donde fuera preciso para conseguir que sus aspiraciones tuvieran rápida realización, procuraba practicar todo género de suertes con los toros y perfeccionarse en ellas al objeto de poder alternar dignamente con los maestros contemporáneos suyos y, si no en totalidad, en parte al menos vió logrados sus propósitos.

Poco á poco fué soltándose en el manejo del capote, y aunque su estilo de torear nada tenía de afiligranado, careciendo, como carecía, de esa *salsa* que caracteriza al torero andaluz, dentro de la sobriedad, tal vez excesiva, que le era propia, llegó á cubrir su puesto en

primera fila, sin desmerecer de los compañeros en boga á la sazón.

Esa misma voluntad á que nos hemos referido anteriormente, le llevó á ser un banderillero muy apreciable, si bien no pudiera competir nunca ni con *Lagartijo*, ni con *Guerrita*, ni con otros de menos categoría.

Fué Mazzantini un banderillero seco, desprovisto de adorno, pero valiente, concienzudo y de facultades extraordinarias. Iba de frente á los toros paso á paso, cuadraba en la misma cabeza, levantaba los brazos artísticamente y sus pares de rehiletes quedaban, por lo general, como dibujados sobre el morrillo de la res, y eran de castigo.

Pero todos esos esfuerzos, siempre dignos de aplauso, nada hubieran valido para sostener la fama de Luis en auge durante algunos años, si otros méritos más positivos y reales no le acompañaran como matador de toros.

A título de tal únicamente figurará su nombre en la historia de la tauroma-

quia, y en ese concepto vivirá con alabanza en el recuerdo de los buenos aficionados de su época.

Verdad es que sus faenas de muleta, meramente defensivas, sobrias hasta la exageración, movidas y desgarbadas, no resultaban artísticas ni vistosas; pero en el momento en que liaba la tela al palo, perfilándose tan cerca del toro como su estatura le permitía, erguido, arrogante y bravo, agigantábase su figura en estéticas proporciones, y admiradores y adversarios no podían menos de aplaudir á la vista de aquel conjunto primoroso formado por el hombre y la fiera, frente á frente los dos y ambos apercibidos para la suprema lucha en la que uno de ellos forzosamente, ó quizás los dos, había de sucumbir.

Y luego, cuando Mazzantini arrancaba hacia su astado enemigo y, marcando clara y distintamente los tiempos del *volapié*, enterraba todo el estoque en el morrillo de la res, que al poco tiempo caía desplomada por efecto de

la herida mortal que recibiera, los aplausos y las aclamaciones entusiastas atroñaban el espacio y el intrépido matador triunfante hacía olvidar en un momento las deficiencias no escasas, como hemos dicho, de que el diestro adolecía.

Al cabo de ocho ó diez años de incesante batallar por las plazas de España, Francia y América, donde su paso dejará gratos recuerdos á la afición, inicióse la decadencia de facultades y comenzó ese período de amarguras y desengaños, verdadero calvario para el artista que ve derrumbarse el dorado edificio de sus ensueños de gloria y convertidos en huraños censores de su labor á los mismos que ayer le admiraban con fanática admiración.

Desde entonces, sólo muy de tarde en tarde, y cuando las circunstancias le favorecían, ejecutaba algo que pudiera ser considerado como pálido reflejo de lo que en sus buenos tiempos practicaba.

En cuanto comenzó á distanciarse de los toros, buscando ventajas en el momento de arrancar á herir, como carecía de recursos artísticos que suplieran aquellas deficiencias, éstas se hicieron más patentes en él que en otros y su estrella se eclipsaba de día en día, próxima á oscurecerse para siempre.

Al mismo tiempo, *Guerrita* venía empujando.

La partida, pues, resultaba muy desigual, llevando Mazzantini la peor parte.

El diestro cordobés, con su toreo bullicioso, alegre, inteligente y de extraordinaria visualidad, llevóse pronto al público de calle, y donde quiera que se presentaba era *el amo*.

Luis sintió profunda herida en su amor propio y no vaciló en empeñarse en una lucha para la que carecía de elementos adecuados al logro del triunfo.

Guerra y Mazzantini fueron, durante

algunos años, base obligada en las combinaciones de carteles.

Cierta rivalidad, que no debiera existir, entre los partidarios de uno y otro bando, matuvieron vivo, aunque por poco tiempo, el interés que perdieran las fiestas de toros después de las retiradas de *Frascuelo* y *Lagartijo* y el trágico fin del desgraciado *Espartero*.

La competencia que quiso entablarse de Guerra y Mazzantini era imposible.

El cordobés llevaba siempre la de ganar.

No en vano se ha reconocido por todos los que entienden algo en achaques taurinos, que *Guerrita* fué el torero más completo del siglo XIX.

Aun á aquellos famosísimos maestros que se llamaron Rafael Molina y Salvador Sánchez, hubiérales costado gran esfuerzo competir con Guerra.

Mazzantini, bien por afición, por cálculo, por razones de índole privada, en las que no hemos de penetrar, ó por causas más ó menos justificativas de su

permanencia en el toreo, no supo, no quiso ó no pudo retirarse á tiempo, y prefirió devorar en las plazas las amarguras de la derrota en plena decadencia, á retirarse tranquilamente al hogar, para vivir en él saboreando el dulce recuerdo de glorias no marchitadas por el acíbar de los desengaños.

Una horrible desgracia de familia —el fallecimiento de su amada esposa D.^a Concepción Lázaro—sorprendiéndole en la última expedición que hizo por las plazas americanas, el año 1905, determinó en Mazzantini la resolución definitiva de abandonar el toreo para siempre.

Poco después de su regreso á España dedicó á la política su actividad, y en las elecciones municipales efectuadas el año 1906 para la renovación por mitad de los ayuntamientos, resultó elegido concejal por el distrito de Chamberí—de reciente creación—en la villa de Madrid.

De sus aptitudes como político y edil

juzguen otros; aquí solo tratamos "del torero, y nuestra misión termina en el momento en que Mazzantini abandonó las lides con las fieras para empezar otras, quizás más formidables, con la opinión pública.

Aunque con la brevedad requerida por las dimensiones de estos volúmenes, en el capítulo siguiente resumiremos, hasta donde nos sea posible, la labor taurina realizada por Luis Mazzantini durante los veinte años que ha dedicado al ejercicio de profesión tan arriesgada.





III

Un poco de historia.

Mazzantini dió numerosas y frecuentes muestras de valor en la plaza, cualidad que le acompañó hasta su retirada de las lides taurinas; y el Sr. Sánchez de Neira, en su *Gran Diccionario Taurómaco*, página 48, da cuenta de un hecho memorable, realizado por Luis, en estos términos:

«Reconócenle todos *valor* y no olvidan aquella hazaña que realizó con un toro de D. Anastasio Martín en la plaza de Madrid el día 12 de Octubre de 1890, cuando al saltar tras él la barrera,

quedó encunado contra las tablas del tendido, y forcejeando con sus fuerzas hercúleas, agarrado á las astas, desvió al toro con gran serenidad, golpeándole en los ojos, y salió del embroque libre cual otro *Panchón* á quien un hecho parecido le valió una pensión del rey Fernando VII. »

Hombre emprendedor y ambicioso, no conforme con el puesto eminente que por el esfuerzo y los méritos propios lograra conquistar entre sus más afamados colegas en tauromaquia, quiso extender la esfera de sus negocios buscando nuevas fuentes de riqueza que saciaran sus deseos de *vivir á lo grande*, y no solo adquirió de D. Antonio Fernández Heredia una vacada de toros bravos, sino que también se hizo empresario de la plaza de toros de Madrid, sin perjuicio de continuar ejerciendo como matador.

Muchas amarguras y múltiples sinsabores hubo de soportar en aquella época, además del gravísimo quebranto que

para sus intereses supuso la mala marcha del negocio que, al fin, se vió precisado á abandonar con pérdidas considerables, de las que acaso no pudo reponerse en mucho tiempo.

Como escribió muy bien el Sr. Sánchez de Neira en su obra citada, página 487:

«Este fué un error que le costó caro.
»Es absolutamente imposible que el
»público en general prescinda del dere-
»cho que tiene, ó cree tener, á exigir
»de las Empresas los mejores toros y
»los mejores toreros; así es que, aun
»satisfecho este último punto con la
»presentación de espadas tan acreditados como *Lagartijo*, *Fascuelo* y el
»mismo Mazzantini, era de rigor que
»las demostraciones de desagrado al ver
»un toro cobarde ó manso fuesen á pa-
»rar á los oídos del torero-empresario,
»y por lo mismo, su prestigio se amen-
»guaba y sus intereses se resentían.»

En los comienzos de su arriesgada profesión, Luis Mazzantini sintióse

acariciado por el divino soplo de las auras populares, que él se complacía en recibir como definitiva consagración de sus bien probados méritos.

Después, aquella especie de culto que la multitud le tributara, fué poco á poco entibiándose, hasta desaparecer casi por completo, cuando el pueblo se convenció de que Mazzantini, quizás sin darse cuenta de ello, por inclinación, por carácter, por causas tal vez ajenas á su voluntad, buscaba en otras esferas más elevadas y menos extensas, la admiración y la simpatía de gentes que rehusan, en lo posible, todo contacto con las muchedumbres.

Y esa fué causa también de que Luis perdiera demasiado pronto el apoyo de gran parte del público aficionado, mal avenido con los desdenes de que el ídolo, acaso inconscientemente, le hiciera objeto en algunas ocasiones.

No es nuestro ánimo, ni la índole de estos trabajos lo consiente, inmiscuirnos en las intimidades sacratísimas del

individuo; pero apuntamos el hecho, por ser notorio y explicar, en parte, la especie de hostilidad con que Mazzantini fué tratado durante algún tiempo, mucho antes de que se iniciase en él la decadencia de facultades que tan patente se hiciera en el último período de su vida de torero.

Aunque por motivos diferentes, ocurrióle á Mazzantini algo muy semejante á lo acaecido con *Guerrita*: uno y otro se hicieron impopulares fuera de la plaza, tal vez sin pretenderlo.

Hacemos aquí punto en consideraciones que nos llevarían más allá de lo que á nuestros propósitos conviene y, dedicado este capítulo, como su rótulo indica, á hacer algo de historia, ofreceremos en ligerísimos apuntes á los lectores una síntesis, lo más concisa que posible sea, del trabajo por Mazzantini realizado en veinte años de constante ejercicio.

Como dijimos oportunamente, Luis Mazzantini tomó la alternativa de ma-

tador de toros en la plaza de Sevilla, el 13 de Abril de 1884.

Se la concedió Salvador Sánchez, *Frascuelo*.

Los toros procedían de la vacada de D. José Antonio Adalid.

El neófito mató los corridos en primero, cuarto y sexto lugares.

El Burladero, periódico taurino que á la sazón se publicaba en la capital andaluza, juzgó en esta forma el trabajo de Luis aquella tarde:

«Mazzantini, que hoy ha tomado la alternativa, no es posible juzgar su trabajo, por lo cual sólo diremos que con la espada ha cumplido como bueno; en sus tres toros se ha tirado, corto y derecho, resultándole buenas las estocadas.

»Con la muleta, regular.

»En la brega, bien.

»La corrida se celebró lloviendo y haciendo imposible toda buena faena, por ser la plaza una laguna.»

El 29 de Mayo de 1884, confirmóle

en Madrid Rafael Molina, *Lagartijo*, la investidura que recibiera el mes anterior.

Hé aquí el trabajo de Mazzantini en la expresada corrida:

«Primero, *Capitán*, negro zafíno.

» Tres al natural y uno cambiado, sin dejar el brazo izquierdo, fué el comienzo de la faena; después uno con la derecha rematando en una navarra para empezar nuevos pases.

» El animal se cuadra de los delanteros, tirándose el diestro desde largo, pero por derecho, con una honda hasta la empuñadura. (*Muchas palmas.*) Dos minutos después, el toro se echó junto á los tableros del 8. (*Se repiten los aplausos.*)

» Cuarto, *Estornino*, negro zafíno.

» ¡Y ya tenemos á D. Luis frente al cuarto toro de la tarde!

» El primero fué al natural, el segun-

do cambiado, alternó con estos pases por segunda y tercera vez, y uno en redondo fué el preliminar de dos pinchazos en su sitio.

» Tercer pinchazo, después de algunos pases, junto á la querencia de un caballo.

» Un desarme.

» Nuevo trasteo para cuadrarse el matador y rematar con una honda hasta la empuñadura, engendrando un buen volapié. (*Palmas, sombreros, una bota prendida de una faja, etc.*)

.....

» Sexto, *Alcaparrero*, negro entrepe-lao, salpicao.

.....

» Mazzantini emplea siete pases para despachar á su adversario de la primera estocada, que resultó un tanto caída.

» El diestro hirió muy en corto y por derecho. (*Aplausos en toda la linea.*)

» Varios espectadores pasean sobre sus hombros al diestro por la plaza.

» APRECIACIÓN. Mazzantini tiene, en

nuestro concepto humilde, un camino totalmente andado y otro más fácil de recorrer.

»Ha llegado, digámoslo muy alto, á la meta de matador; le faltan los perfiles, los hermosos detalles del torero.

»Aceptado en principio lo uno, el problema queda reducido á lo siguiente:

»¿Se igualarán esas dos condiciones algún día?...

»La crítica severa, justa, razonada é imparcial, debe contestar que sí...

»Mucho, muchísimo dejó que desear ayer tarde en sus pases perdiendo terreno, en sus medias verónicas movidas, en sus largas sin rematar; pero el aprendiz de los Campos no es ya el novillero de la Ascensión, y el novillero de la Ascensión no fué el *alternante* de ayer...

»Hay un progreso en esa vista, en el mover el brazo, en el trapo al recortar, en la intención al herir, y cuando en un joven vemos progresos... hay que esperar; y cuando ese joven no se de-

tiene en su aprendizaje, hay que guardar calma hasta que termine su carrera.

»En resumen: Mazzantini se nos ha presentado como un maestro-matador y como un oficial-torero...

»Que el aprendiz se desenvuelva, y al confundirse las dos maestrias... ¿quién sabe si la herencia de nuestro precioso arte radique alguna vez en no despreciable legado en las manos de Luis?» (1).

Nuestros lectores pueden apreciar en ese bien fundamentado juicio de uno de los críticos más imparciales aficionados al toreo, las condiciones del diestro en que nos ocupamos de presente al comenzar la última etapa de su carrera.

Y también advertirán que ese juicio concuerda en todo con lo que llevamos dicho en capítulos anteriores: Luis era

(1) *Alegrias*—seudónimo del elegante escritor é inteligentísimo aficionado D. Juan Martos Jiménez—*La Nueva Lidia*, año I, número 2.º.

un excelentísimo estoqueador de reses bravas y un torero bastante mediano.

Eso no obstante, las esperanzas puestas en él por *Alegrias* tuvieron, al avanzar de los años, confirmación en parte, ya que, desgraciadamente para la brillantez de la fiesta, no la alcanzaron en totalidad.

Mazzantini siguió progresando en el manejo del capote y la muleta, pero no llegó más allá de lo indispensable para no desmerecer de sus compañeros en la plaza.

Indicadas ya, oportunamente, las cualidades que, en nuestra humilde opinión, caracterizaban el toreo de Mazzantini, que podemos llamar personalísimo, propio, *suyo*, por no tener parecido, ni admitir comparaciones con ningún otro, nos abstendemos aquí de repetir lo dicho, como síntesis definitiva de nuestra manera de pensar respecto al punto propuesto.

El Sr. Martos Jiménez hizo alarde ingenioso de aficionado concienzudo al

decir que Mazzantini, cuando confirmó su alternativa en Madrid, era un *maestro-matador* y un *oficial torero*.

Algo, como hemos indicado más arriba, adelantó el *oficial*, pero no pasó de serlo más ó menos aventajado.

El *maestro* supo mantenerse durante muchos años, sin decaer, en la eminente posición donde sus méritos le colocaran.

Mazzantini, convencido, quizás por la propia experiencia, de que, como torero, no había de aumentar ni en un ápice la fama adquirida por sus excepcionales condiciones de estoqueador, dedicó los mayores esfuerzos de su férrea voluntad á defenderse y defender á sus compañeros de los percances anejos á la lidia, y de ahí que hiciera estudio especial de sus deberes como director de plaza y procurase siempre estar colocado en el sitio más oportuno para prevenir cualquiera desgracia que ocurrir pudiera, además de manejar la muleta como arma puramente defensiva,

sin adornos ni eficacia en la mayoría de los casos, pero sí con habilidad é inteligencia para salvarse de las acometidas, según el estado en que las reses llegaban al último tercio.

Sería tarea por demás prolífica y cansada, la de reproducir en estas páginas uno á uno los éxitos grandes y no menores descalabros que Mazzantini sufriera durante su larga permanencia en el toreo; máxime cuando, realmente, ningún hecho extraordinario pudiéramos referir á los lectores, pues el diestro guipuzcoano, efecto quizás de sus especialísimas aptitudes, ha sido uno de los que menos percances graves ha soportado.

Tanto en España, como en Francia y América, supo conservar el cartel, y en todas partes logró ser considerado figura principalísima del toreo contemporáneo.

Al inaugurararse la temporada de 1903—última en que figuró como matador del abono Mazzantini—varios dis-

tinguidos aficionados, amigos particulares del decano de nuestros matadores de toros en activo á la sazón, organizaron un banquete íntimo en obsequio al famoso diestro.

Con tal motivo, el semanario *Sol y Sombra* (1) dedicó estas líneas á enaltecer las cualidades que distingúfan á Luis:

«Contados matadores pueden citarse que hayan sostenido el pabellón de su fama durante diez y nueve años, en noble lid, primero con aquellos colosos que se llamaron *Lagartijo* y *Frascuelo*, después con *Guerrita* y hoy con la *gente joven*, que viene empujando, llena de bríos, entusiasmos é ilusiones, disputando el terreno con gallardos arrestos y haciendo la pelea dura para los *veteranos*, que han de competir con ellos en agilidad, frescura y bizarria.

(1) *Un obsequio á Mazzantini*: artículo publicado en el número extraordinario correspondiente al 12 de Abril del 1903, año VII.

»Con ellos lucha de presente Mazzantini y sostiene su puesto decorosamente, siquiera no le acompañen los arrestos de otros días, en que arrebató á los públicos por su magistral forma de arrancar á los toros en el instante supremo.

.....

»Mazzantini es el último representante de aquella pléyade de toreros y matadores incomparables; ese título basta para hacerle acreedor á la consideración y aprecio de los buenos aficionados.»

Para perpetuar el recuerdo de aquella fiesta íntima, repartíronse unos artísticos tarjetones en los que, orlando un buen retrato de Luis, se consignaban las fechas más memorables de su vida torera.

Según esos datos, Mazzantini hasta aquella fecha, había tomado parte en 1.080 corridas, estoqueando 2.901 toros.

Hé aquí las faenas con que inauguró la temporada de 1903—19 de Abril.

«Mazzantini en su primero no pudo

lucirse en quites, porque el bicho no dió ocasión á esos floreos. En una de las dos veces que cayeron los hulanos, *Ma-chaquito* se llevó las palmas, aunque allí no había que aplaudir.

»A la hora de la verdad, D. Luis se fué al veragua y lo pasó con el movimiento de costumbre, pero cerca, confiado y hasta adornándose en algunos pases. No fueron éstos muchos, porque Mazzantini no hizo jamás de la flámula un baluarte; así es que se echó muy pronto el maüser á la cara, y sacando la receta de los antiguos volapiés, se arrancó derecho y corto, aunque con su *mijita* de pasoatrás, y recetó una estocada algo delantera y casi entera, que hizo rodar al toro en cuantico don Luis apartó la mano del acero.

»El decano tuvo una grande y merecida ovación. Todavía me acuerdo, debió decir cuando saludaba á los que con calor le aplaudían.

»Al cuarto, que cortaba en banderillas y *vía de venir*, según frase del tío

Curro, ordenó que le administrasen unos capotazos antes de entrar él en faena.

»Una vez en el'a, el animal le achucha; el hombre se amosca, tira la montera y va á ver cómo se presentaba el negocio. Pasó como pudo, aunque sólo, y frente á la puerta de arrastre atizó un sopapo, dando el pasito atrás, yéndose al llegar y saliendo medianamente. Descabelló á pulso y le tocaron las palmas de lo lindo.

»El bicho tenía que matar y D. Luis estuvo muy valiente» (1).

Toreó su última corrida en Madrid el 4 de Octubre de 1903.

«Mazzantini se las ha en el primero con un choto infeliz, del cual se hubieran pitorreado hasta los policías en chirona.

»Previos unos capotazos de la tropa, se acercó D. Luis al colmenareño, el

(1) Pascual Millán: *Juicio crítico* publicado en el semanario *Sol y Sombra*, año VII, núm. 335.

cual se dejaba torear como un bendito; pero por no empaparlo y consentirlo se iba á veces del sitio de la ocurrencia.

»Con ayuda de Tomás (abucheado éste justamente por la cazuela) se logró fijar al becerro, y entonces *Luigi*, tirándose largo, cuarteándose un poquito y saliendo por la cara, soltó media delantera que aplomó al caracol.

»*Jurgó* una vez en el cabello, acertó á la segunda y se dividieron las opiniones...

.....
»Al tercero, viendo que los maestros no lo fijaban, salió Tomás con la percalina, y á medias verónicas y mantazos, hizo lo que debieron hacer los otros...

.....
»El toro quiso alardear de facultades gimnásticas, colándose á la calleja unas cuantas veces. Y hete aquí á D. Luis nuevamente con refajo y asador.

»Muleteó solo y con baile; no abusó del percal ni de la danza, y tirándose con pasitoatrás soltó un pinchazo sa-

liendo con barullo y sin flámula, pero entrando con valor.

»Volvieron los zorrazos con el inmenso muletón (ahora ya con ayuda de vecinos), y también con pasito atrás, echándose fuera y estirando el brazo, pinchó otra vez.

»Vino media delantera y tendenciosa, se echó el bruto y... á otro.

»En el quinto, manso de toda mansedumbre, presentó la muleta por el piquito y á todo brazo, requirió el auxilio de Tomás, y clavó, yéndose del mundo, media estocada un tanto delantera.

»El novillo, que empezó acudiendo bien, se declaró prófugo, aunque cuadraba de vez en cuando.

»Mazzantini le disparó un mandoble donde cayese, un pinchazo lo mismo y una puñalada trapera. ¡Horror! (*Pita seria*)» (I).

(I) Pascual Millán: *Juicio crítico* publicado en el núm. 366, año VII, de *Sol y Sombra*

El fracaso estaba previsto desde hacia algún tiempo.

Luis empezó á decaer muchos años antes de su retirada, y ya los públicos, en distintas ocasiones, habíanle mostrado justamente el disgusto y enojo con que veían sus faenas de matador.

Ya lo hemos dicho: no quiso, no supo, ó no pudo retirarse á tiempo, dando lugar, con deplorable frecuencia, á trances tan lastimosos como el de la última corrida que toreó en Madrid y apuntado queda.

Es condición eminentemente humana, la de resistirse y aun rebelarse el hombre contra los estragos de la edad y el desgaste de energías producido por el constante batallar de la existencia.

Nadie quiere confesarse vencido por ellos, y cuanto más nos acercamos á la decrepitud, más empeño ponemos en aparecer fuertes, ágiles y útiles para todo.

El amor propio se subleva frente á la realidad triste y amarga, que nos

abruma y acaba por rendirnos bajo su peso irresistible.

Tal especie de vanidad hágese más patente en el artista.

Ni el cantante, ni el actor, ni el torero, se convencen, salvo raras y plausibles excepciones, de que los años no pasan en vano y de que las facultades disminuyen y caducan á medida que el tiempo avanza, y luchan desesperadamente un día y otro con heróico tesón, procurando defender el puesto á que sus méritos, en edad más propicia, le elevaran.

Y así vemos rodar por esos escenarios y esas plazas tanta ruina artística empeñada en vivir del pasado aun á costa de las amarguras que el presente les proporciona, y soñando quizás todavía con un porvenir espléndido y glorioso.

Durante el año 1904 no tomó parte en ninguna de las corridas que se efectuaron en Madrid y la última que toreó en España fué la verificada el 16 de

Septiembre en Santa Olalla, provincia de Toledo.

Alternó con *Llaverito* para matar cuatro toros de Veragua.

De ese modo, por extraña coincidencia, el famoso diestro guipuzcoano, al cabo de diez y nueve años, fué á torear su última corrida de España en un lugar muy próximo al en que hubo de matar toros por primera vez.

Después marchó á Méjico, despidiéndose de aquel público el 20 de Noviembre de 1904, con una corrida organizada en beneficio suyo, con toros de Otaolaurruchi y Santín.

Nos abstendremos de relatar las faenas por Luis ejecutadas aquella tarde, porque ni merecieron los honores del detalle, ni queremos recordar en estas páginas cosas que entristezcan.

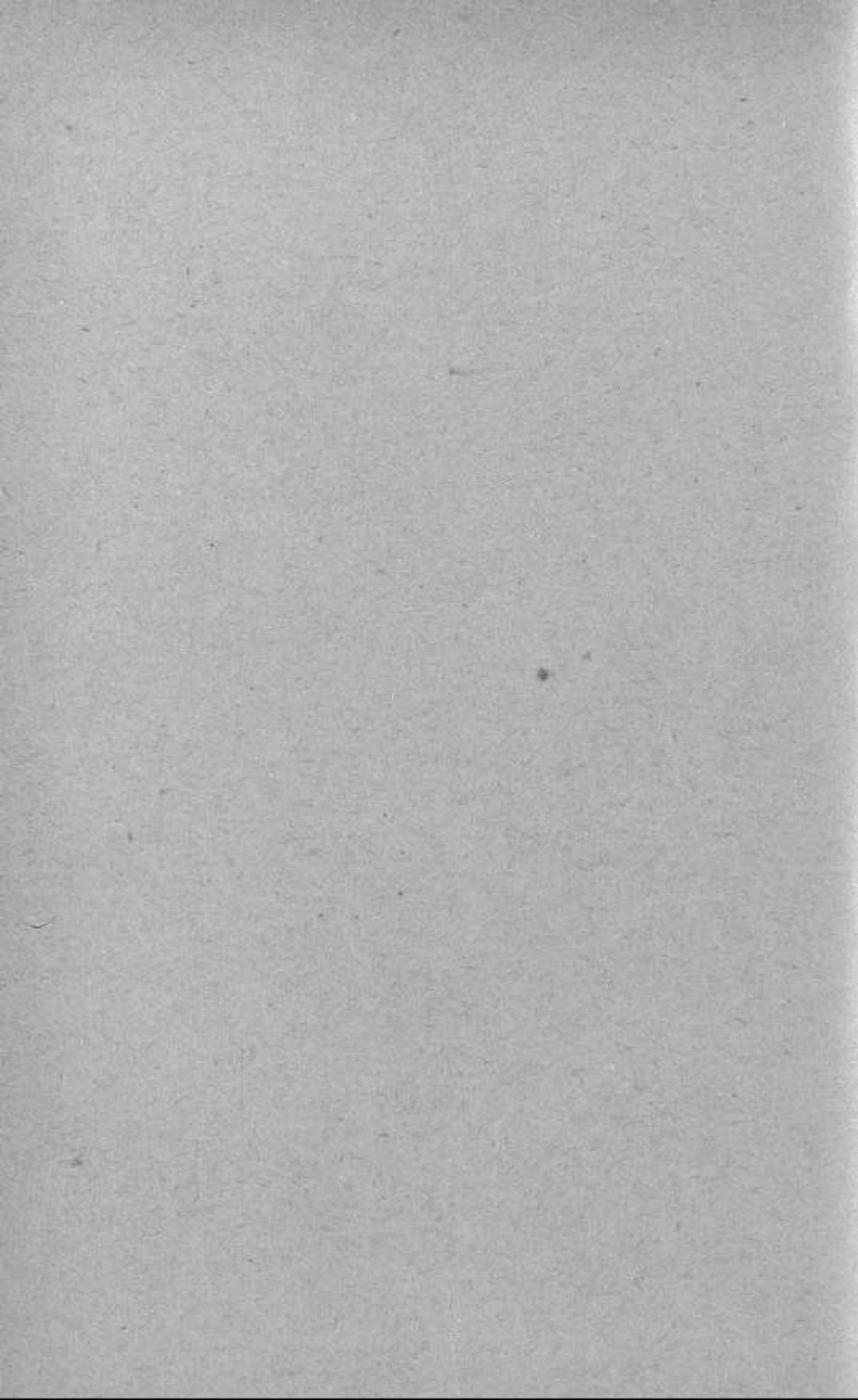
Contratado después por una empresa de Guatemala, toreó en aquella plaza tres corridas los días 29 de Enero, y 5 y 12 de Febrero de 1904, con ganado de Tepeyahualco la primera, la segun-

da de Piedras Negras y de Parangueo la última.

En ellas obtuvo un éxito completo, á juzgar por las referencias, y actuó como espada único, llevando á *Maera* de sobresaliente.

Con esas corridas acabó la carrera taurina del que justamente fué aclamado *rey del volapié*.





IV

La retirada.—Algunas anécdotas.

Dos noticias:

«Inmensa pesadumbre aflige en estos instantes el corazón de Luis Mazzantini.

»Su amantísima esposa D.^a Concepción Lázaro, que desde hace tiempo venía padeciendo mortal enfermedad, falleció en Méjico el día 15 de Marzo, mientras su esposo, bien ajeno á la horrible desgracia que sobre su hogar se cernía, reanudaba en Guatemala los triunfos alcanzados recientemente en la capital azteca.

»A su regreso, después de brillante campaña, vióse Mazzantini sorprendido por la fatal noticia; y cuando esperaba encontrar abiertos, para recibirle con efusivo júbilo, los brazos de su adorada esposa, sólo halló su cadáver, el que por disposición de un amigo bondadoso y opulento banquero mejicano, fué embalsamado en espera de la próxima llegada de Luis.

»Este ha resuelto trasladar con él á España, en el vapor *Buenos Aires*, los mortales restos de la que durante muchos años compartió sus esperanzas y desencantos, sinsabores y alegrías, siendo el alivio de sus penas, el consuelo de sus aflicciones y la dicha de su hogar.

»Momentos de prueba son los presentes para el distinguido diestro, y no habrá consuelo alguno en su aflicción; pero si de alivio pueden servir en casos tales los sinceros testimonios de personal simpatía y desinteresado afecto que la amistad proporciona, sepa el atribu-

lado Luis Mazzantini que comprendemos la intensidad de su dolor y compartimos su amargura, deseándole la fuerza de ánimo y resignación necesarias á llevar la cruz abrumadora que el destino acaba de poner sobre sus hombros» (1).

—

«Luis Mazzantini, el matador de toros que por tantos años ha compartido los aplausos y simpatías del público, primero en noble competencia con aquellos dos colosos que se llamaron *Lagartijo* y *Frascuelo* y más tarde con *Guerrita*, ha resuelto retirarse del toreo, profundamente afectado por el fallecimiento de su amadísima esposa.

»Lamentable es la resolución adoptada por Mazzantini, atendiendo las tristísimas circunstancias que la han motivado; pero ya es hora de que el veterano matador busque descanso á

(1) *Sol y Sombra*, núm. 450, año IX.

sus fatigas, después de la honrosa lid durante cuatro lustros sostenida.

»Deseamos á Luis larga existencia y mucha resignación para resistir el golpe rudo que la suerte ha descargado sobre él» (1).

Los periódicos de allende publicaron extensos detalles referentes al triste acontecimiento, y entre otros, debemos consignar el hecho de haberse Luis cortado la coleta en presencia del cadáver, guardándola en el ataúd, como póstumo presente ofrecido á la que en vida mostró varias veces decidido empeño en alcanzarlo.

Nuestro compañero Serrano García Vao, *Dulzuras*, en su libro *Toros y toreros en 1904*, dió la noticia en estos términos:

«El popular Luis Mazzantini llega á Madrid el 19 de Abril con el cadáver de su esposa.

»Los amigos le dispensaron un gran-

(1) *Sol y Sombra*, núm. 453, año IX.

dioso recibimiento, y el entierro de la virtuosa señora, verificado en el mismo día, fué una de las mayores manifestaciones de simpatía que el pueblo de Madrid ha presenciado.

»El exdiestro confirmó á su llegada la decidida determinación adoptada de no volver á torear más.

»Es muy pequeño este libro para dar la despedida á Luis Mazzantini. Buscaré ocasión para hacerlo con la extensión que su historia merece.»

Pascual Millán, en su notable bosquejo histórico *Los toros en el siglo XIX*, escribió, al tratar de Mazzantini, estas líneas por demás expresivas, referentes al diestro guipuzcoano:

«Junto á aquellos dos colosos del toreo (1) destaca la figura de Luis Mazzantini, que tomó la alternativa en 1884 y que adquirió muy pronto un gran cartel, disputándose todas las empresas

(1) Se refiere el autor á Rafael Molina y Salvador Sánchez.

á aquel matador de arrogante figura, de finos modales, con cultura muy superior á la que todos sus compañeros tenían, con un trato de gentes inmenso, y, sobre todo (y eso era lo esencial) con un valor á toda prueba y una *verdad* al arrancarse al volapié, que le granjeaba las simpatías de todos los públicos.

»—Este mozo nos va á hacer que apretemos Rafael y yo—decía *Frascuelo*.

»Era verdad. Mazzantini hizo que no se durmieran sobre sus laureles los dos gigantes; y eso solo, tratándose de un hombre que no supo manejar el trapo, pinta lo que D. Luis valdría como espada en aquel entonces» (1).

El diestro de Elgoibar cerró, digámoslo así, la era brillante del toreo iniciada con la aparición de Francisco Montes.

Fué la última figura destacando con

(1) *Sol y Sombra*, núm. 198 (extraordinario), año IV.

personalidad propia y definida del toreo contemporáneo.

El último representante de la buena época, del toreo verdad, ya bastante decadente á la sazón, pero todavía prometiendo recobrar antiguos esplendores á poco que las circunstancias mostráranse propicias.

Por desgracia, tales promesas no se han cumplido.

Lo mediocre, lo anodino, lo convencional y casi anónimo, invadió muy pronto el campo de la tauromaquia.

La afición hubo de conformarse con aplaudir y ensalzar á unas cuantas simpáticas medianías, por aquello de que á falta de pan, buenas son tortas.

Al toreo clásico, sobrio, adornado, quieto, de brazos y cintura, sucedió el toreo modernísimo de piernas, movido, agitado, bullicioso y efectista.

Trocado el oro en oropel, hubimos de aceptar por bueno el brillo del talco, haciéndonos ilusión de que se nos ofrecía un diamante puro de Golconda.

Habidas en cuenta semejantes consideraciones, dijimos en otra ocasión, refiriéndonos al mismo asunto:

«Somos de los que creen que para juzgar el mérito del trabajo que realizan los diestros actualmente, es necesario prescindir, casi en absoluto, de remembranzas al pasado referentes...» (1).

En efecto: no puede, ni debe pretender nadie establecer comparaciones entre lo que antaño era el toreo y lo que es en la actualidad.

Existe tal diferencia de uno á otro, que apenas se encontrara, buscándolo con sutil empeño, algún imperceptible resquicio por el cual pudiéramos percibir la más tenue semejanza entre uno y otro.

Si aquellos famosos maestros consagrados en la Historia con los nombres de *Faquiro*, el *Chiclanero*, Domínguez, *Cúchares*, *Tato*, *Sanz*, *Lagartijo* y

(1) *Rafael González, «Machaquito»: volumen VI de esta Biblioteca, pág. 31.*

Frascuelo, surgieran de sus tumbas y presenciaran algunas de las más portentosas faenas que hoy ejecutan los diestros considerados como los mejores, porque en realidad lo son, asombrados quedarian al conocer la honda transformación verificada en la lidia de reses bravas por los eximios toreros al uso.

Y seguramente les causara verdadera estupefacción ver la abundancia de toreros que pululan por los cosos, fiados únicamente en el valor, de que suelen ir tan provistos, cuando menos, como de ignorancia, y en el poderío y agilidad de las piernas, base y cimiento de la moderna escuela tauromáquica.

Con raras, rarísimas excepciones, que si son pares apenas llegan á dos, los toreros del día solo manejan, con singular destreza y bizarría, las extremidades inferiores, facilitando así el acceso á las cumbres del arte, á cuantos se sienten con la indispensable valentía para ponerse delante de un toro y la soltura y firmeza de piernas necesarias

á librarse por pies de las acometidas.

Ayer eran indispensables el buen manejo de la muleta, llevada en la mano izquierda, y el oportuno quiebro de cintura, para vaciar los toros al matarlos, bien á volapié, ya recibiendo, y de ello resultaba el mayor lucimiento en la suerte; hoy se deja muerta la mano izquierda en este preciso instante, y el artístico quiebro de cintura se sustituye por el antiestético cuarteo y el arqueamiento de brazos, que si son menos vistosos y meritorios, ofrecen mayor facilidad al diestro para salir incólume del empeño.

En vez de vaciar al toro, marcándole su natural salida con la muleta, *se vacian* los diestros, tomando por pies el viaje que les corresponde.

Lo cual es lo mismo, aunque todo lo contrario; como decía el instructor de quintos:—Media vuelta á la derecha, es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que al revés.

Cuentan que *Lagartijo* en cierta oca-

sión explicaba de este modo la *ciencia* de torear:

«El toreo es muy sencillo: se coloca usted delante del toro, y después, una de dos, ó se quita usted, ó le quita el bicho».

Y hoy los toreros *se quitan* para que no *los quiten*.

Los aficionados viejos, los que tuvieron la fortuna—según ellos—de alcanzar la buena época, no se avienen con la profunda transformación verificada en el modo de torear y á cada paso establecen comparaciones, siempre enojosas, terminando por abominar de lo presente, á la vez que se hacen lenguas en loor de lo pasado; quizás tengan razón—y no vamos á discutirlo-- pero, por otra parte, la nueva generación de aficionados, esos jóvenes entusiastas del toreo que no tuvieron ocasión de presenciar las magníficas faenas de aquellos colosos y solo de referencia las conocen, muéstranse muy satisfechos con lo que ahora ven, escogen *sus toreros* en-

tre los muchos qué al presente se disputan el puesto de honor, y podemos asegurar que hoy existen tantos bandos ó partidos como diestros, que censuran de continuo á este ó ensalzan á aquél, sin tener en cuenta para nada lo que antaño hicieran famosos maestros en *re taurina*.

Hoy cada torero y cada espectador, lleva dentro de sí su correspondiente tratado de tauromaquia y á él ajusta su criterio, por él mide el mérito de lo que ejecuta ó ve ejecutar, y no le importa un ardite saber lo que Montes, ó *Abenamar* escribieran, concretando en una serie de sabios preceptos los frutos de la experiencia madurados convenientemente por el estudio.

Así es que, de presente, resulta inútil y aun--¿por qué no decirlo? - de mal gusto, hacer crítica seria y razonada de lo que se practica en las plazas, aun por los más aplaudidos y simpáticos maestros al uso.

Hacer crítica verdadera y concien-zuda... ¿para qué?

Fuera predicar en desierto.

En vano tratara seguramente el Aris-tarco más severo que saliese á la pales-tria, rompiendo lanzas en favor de lo que debe ser el arte de *Pepe-Illo*, según añejos moldes, de educar é instruir á los diestros y aficionados del día, mos-trando singular empeño por conducir-los á la *buena senda*; nadie tomaría en cuenta sus doctrinales peroratas y todos continuarian haciend o y dejando hacer lo que les viniere en gana, sin que cen-suras, más ó menos acres y justas, les inquietaran, ni contribuyeran en lo más mínimo á corregir defectos y subsanar errores.

¿Era lo de ayer bueno, exquisito, óptimo?..

¿Es lo de hoy malo, desabrido, pé-simo?..

Como dijo el poeta:

*todo es según el color
del cristal con que se mira.*

Recordamos haber dicho en otra ocasión, que los toreros de ahora no son mejores ni peores que los de antaño.

Ni la manera de torear que al presente se usa, puede ser comparada con la de treinta años há, para no referirnos á tiempo más remoto.

En otro folleto de los que forman esta *Biblioteca* (1) dejamos sentada esta afirmación, que aquí reproducimos para reforzar nuestro razonamiento:

«...los tiempos avanzan, las costumbres y los gustos se modifican, y hoy parécenos cosa selecta y manjar exquisito lo que quizás ayer hubiéramos rechazado por desabrido y poco grato al paladar.

»El toreo, como todos los espectáculos que encarnan en las costumbres de un pueblo y viven sometidos á las evoluciones propias del tiempo y los adelantos, atraviesa de presente un período

(1) *Salvador Sánchez, «Frascuelo»: volumen IV, pág. 25.*

de transición, con tendencia marcada, desde hace algunos años, á esenciales modificaciones, que han de ponerlo á nivel de nuestra cultura progresiva.»

Y ese transcendental evolutivo movimiento, puede afirmarse que se inició al surgir la figura de Luis Mazzantini.

Quizás el antiguo y modesto funcionario de ferrocarriles, sin darse cuenta de ello, fué quien más contribuyó á que el toreo se mostrase bajo esa moderna faz con que hoy lo consideramos, desligado, casi en absoluto, de añejas comitancias.

A este propósito, recordamos un hecho, acaecido no hace muchos años en la plaza de Madrid y que reproduciremos ahora, para dejar bien sentada y claramente definida la gran diferencia que existe entre el toreo y los toreros de ayer y los de hoy.

Era el día 1.^o de Noviembre de 1903.

Se verificaba en el coso madrileño una novillada en beneficio del que fué banderillero con Angel Pastor, Hermo-

silla y Guerra, José Martínez, *Pito*.

Tomaron parte en la función, desinteresadamente, los diestros *Segurita*, *Platerito*, *Cocherito de Bilbao*, *Mazzantinito*, *Díez Limiñana* y *Valerito*.

En obsequio al beneficiado, Francisco Sánchez, *Frascuelo*, el hermano de aquél matador inolvidable y sin par que se llamó Salvador, figuró también en la cuadrilla y *galleó*—su suerte favorita en la que logró hacerse célebre—al primer novillo, de Veragua.

Sabido es que el veterano y popular director de la moderna escuela de tauromaquia, Paco *Frascuelo*, como le llaman los aficionados, no fué en sus tiempos una notabilidad, ni mucho menos, y aun como matador resultó verdaderamente detestable.

Pues bien, tanto destacó su figura en esa novillada, que el *Heraldo taurino* hubo de hacer estas observaciones:

«El que fué para aquellos aficionados de su época nada más que una respectable medianía, para los aficionados de

ahora el Sr. Paco, con toda su flojedad muscular, con todo su cabello blanco y con todo el peso de esos sesenta años, nos resultó una eminencia que hizo sonrojar á los actuales aficionados, que creemos cándidamente que todo el toreo se encierra en unas ventajas de *Quinito* ó en unas cuantas reboleras de *Bombita chico*.

»¡Triste es decirlo, pero la confesión es amarga y dolorosa, y hay que rendirse ante la razón! Nosotros, que alguna vez que otra nos hemos entusiasmado con la esbeltez de Antonio Fuentes al veroniquear erguido el cuerpo y estirando los brazos cuando el peligro había pasado; nosotros, que no sabemos por qué regla de tres hemos admitido esas danzas continuas del genial *Bombita chico* y hasta esos mantazos del no menos clásico *Quinito*, y en los cuales jamás los toros llegaron ni á oler los vuelos del capote; nosotros, en fin, que ya casi contagiados por lo pernicioso del ambiente que se respira en la actual

afición, hemos admitido tantos y tantos lances por el solo hecho de haber demostrado el diestro alguna habilidad para pegarse á los costillares, toreando libre de cacho, con más ó menos adorno, pero sí con inmensas ventajas, no podemos menos de confesar que al contemplar en la función del beneficio del *Pito* al veterano Sr. Paco toreando de capa sin alivios, con arte y con verdad, se nos cayó el alma á los pies al ver nuestra pequeñez é insignificancia.

»Tened presente esa honorable figura, conservadla en vuestra mente con la misma fijeza que ahora para cuando llegue la temporada de abono; y si al comparar su trabajo y su manera de aguantar y esperar los toros marcando los tiempos de la suerte ejecutada, con la danza continua, embarullada y ventajista que hacen los torreadores que hoy figuran en el candelero, no sentís vehementes deseos de echarlos malamente á todos y á escobazos, entonces comprenderemos que esto no tiene remedio,

y que la salvación del toreo es ilusoria, quedando los periódicos taurinos para defender ese amplio descanso dominical.»

Descartando lo que de apasionamiento por los hombres y cosas del pasado se advierte en esas líneas, claramente se aprecia la diferencia entre una y otra manera de torear, á que nos hemos referido.

Por eso no nos cansaremos de repetir que los toreros del día no son mejores, ni peores que los de antaño, ni aquel toreo puede compararse con éste.

Los diestros, en la actualidad, son *como son*, y hemos de admitirlos sin reparos, ó rechazarlos de plano.

Al desaparecer de las plazas *Lagartijo* y *Frascuelo*, se levantó un espeso muro para separar lo pretérito de lo presente y lo futuro.

Mazzantini primero, *Guerrita* después, trajeron la innovación precursora del toreo á la moderna.

Como ellos, cada cual en su esfera

de acción, eran, digámoslo así, los creadores de la nueva escuela, se impusieron desde el primer día, porque siempre lo desconocido, lo desusado, lo no visto atrae á las multitudes apasionadas de las novedades.

Y como entonces, casi al mismo tiempo, surgieron las figuras del *Espartero*, *Bombita*, *Bonarillo* y *Reverte*, que aún supieron con su valor unos, otros con su habilidad, mantener el sagrado fuego de la afición, todavía durante algunos, muy pocos, años, los antiguos admiradores de lo que oculto quedara más allá del muro, esperaron, con la natural reserva y consecuente incertidumbre, en un probable renacimiento.

Pero luego invadieron el campo los imitadores de Mazzantini y *Guerrita*, siguiendo muy de lejos los respectivos modelos, y paso á paso el toreo llegó al término de su evolución y al estado en que hoy lo vemos, completamente distinto de todo lo conocido.

Y decimos del toreo actual, lo mismo que hemos afirmado de sus mantenedores.

Es *como es*, y así debemos aceptarlo, ó abominar de él y no parecer más por las plazas de toros.

En eso, debemos seguir el consejo del poeta:

*«Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, no analices.»*

No analicemos y de ese modo ahorraremos cavilaciones y quebraderos de cabeza.

¿Qué trabajo cuesta prescindir del pasado para aplaudir y admirar el presente?

Ninguno: hagamos cuenta de que aquello no ha existido, y en paz.

Perdonen los lectores esta prolongada digresión: no hemos podido sustraernos al deseo de decir, sin ambajes ni eufemismos, lo que pensamos en ese particular.

Llevados po ese afán, aprovecha-

mos cuantas ocasiones se nos presentan favorables para escribir con independencia de criterio nuestro parecer, bueno ó malo, pero siempre sincero.

Esa independencia sólo cabe hallarla el escritor en el libro, verdadero baluarte donde pueden defenderse bizarramente todas las ideas.

No así en las publicaciones periódicas, sometidas á influjos, por lo general, extraños al pensamiento de quienes las escriben.

Y basta de reflexiones, que fueran interminables.

Para concluir—volviendo al tema de este volumen—dejaremos consignadas algunas anécdotas que conocemos, de las muchas que referentes á Luis Mazzantini han circulado durante el tiempo que ejerció la profesión de matador de toros.

Según cuenta el Sr. Escamilla y Rodríguez á los lectores de *Sol y Sombra* en el número 141, año III del semanario, en cierta ocasión fué *Lagartijo* á

torear á Madrid y llevó consigo al piconero *Manano* para divertirse con él como solía hacerlo. Cuando se enteró de la llegada del maestro le visitó Mazzantini, con quien debía alternar, y que á la sazón estaba en el apogeo de su fama de matador de toros.

—¿Qué hay, D. Luis?—preguntó Rafael.

—Maestro, mucho lodo por esas cañadas de Dios; no se puede andar.

El piconero se quedó como quien ve visiones oyendo hablar á Mazzantini de aquella manera á que él no estaba acostumbrado, y procuró retener en la memoria la palabreja *lodo*, que tan rara impresión le hiciera.

Quedaron solos otra vez *Manano* y *Lagartijo*.

—Tráeme tabaco—dijo Rafael al piconero.

—Mira, Rafaé, si me quieres bien, no me hagas salí á la caye con ese mardito lóo que anda po Madri.

—No seas pamplinoso; vete y güerve pronto, *Manano*.

—Po que es pa tí lo jago, que sino... ¡como no saliera su mare!

Momentos después estuvo de vuelta *Manano* con el tabaco, y alegre y satisfecho, como quien acaba de descubrir poco menos que un nuevo continente, dijo á Rafael riendo como un loco:

—¡No son poco *finoli* esto torero de ahora! ¡Mia tú que yamá al barro lóo, como si fuea un bicho raro!...

—

El 8 de Septiembre de 1898 efectuóse en la plaza de Badajoz una corrida con toros de Benjumea, que resultaron mansos perdidos. Mazzantini tomó parte en ella como segundo espada.

«Al sonar los clarines ordenando el último tercio de la lidia en el quinto toro, Mazzantini, que vió, por ser el mejor de la tarde, que podía con él terminar su misión dignamente, y con

la guapeza que le ha conquistado la fama de que disfruta, dirigióse al bicho muy animoso con deseos de hacer una faena de maestro, como luego se vió.

»Al pasar el diestro cerca del tendido de la enfermería, varios aficionados llamaronle la atención diciéndole:

»—Vamos á verlo, maestro.

Detúvose Mazzantini, y volviendo un poco la cara contestó:

»—Por ustedes va.

»—Bien—gritaron; buena mano derecha.

»Pero uno de los del grupo, que estaba de pie, recostado en su muleta, dijo entonces:

»—Por mí, vaya por mí.

»Fijóse Mazzantini en el que así le hablaba, y advirtiendo que era cojo, contestó entonces:

»—¡Ea, pues vaya por tu pata coja!

»Y fuese derecho al toro, sonriendo.

»A los pocos minutos el diestro era cogido y volteado por el cornúpeto, con gran disgusto de los espectadores,

sufriendo sendas heridas en el muslo y mano izquierdos.

»Los que estaban cerca del cojo á quien nos referimos, oyeron murmurar á éste:

»—*Brindó por mi pata coja, y ha tenido mala pata*» (1).

—

Con el título: *Dos rasgos de Mazzantini*, publicó el mismo semanario las dos anécdotas referentes al matador guipuzcoano que transcribimos á continuación.

«Es rigurosamente histórico lo que voy á referir; ha sucedido en las corridas de feria celebradas en Zaragoza este año (2) con motivo de las fiestas del Pilar, y retrata el carácter diplomá-

(1) PRIMORES: *Una anécdota de Mazzantini*; articulo publicado en el número 79, año II, de *Sol y Sombra*.

(2) 1897.

tico que D. Luis emplea con los públicos cuando necesita conquistarlos.

* * *

»En la segunda corrida de feria, que tuvo lugar el día 14 del actual, con toros de Jorge Diaz, se presentaba á este público, después de unos años de ausencia obligada por actos de rebelión contra el mismo, el diestro de Elgóibar, Luis Mazzantini.

»Al presentarse, el público le dispensó una ovación respetuosa, que se repetía siempre que el diestro ejecutaba algo bueno.

»En una barrera de sol, próxima á la puerta de cuadrillas, entre los números 80 y 100, había un sujeto de aspecto simpático, tez morena, largas barbas y casi calvo, que era un tormento para Luis.

»Un trasteo bailado, una estocada sin estrecharse, algo que no se sujetaba estrictamente al arte, era coreado con

frases intencionadas ó exclamaciones atipladas.

»Mazzantini estaba asado.

»En una ocasión, cuando el espada estaba muleteando en aquella parte de plaza, el toro, huído, abandonó el trapo rojo y Luis volvió el cuerpo y se fijó en aquel colega de *Chironi*.

»Llegóse el matador á la jurisdicción del toro, que estaba en el otro extremo de la plaza, y allí, embraguetándose, entró recto y dejó una buena estocada, que hizo polvo al bicho.

»El público premió aquella labor con palmas y pidió la oreja, la que le fué concedida, y una vez cortada ésta, marchó el espada al sitio donde estaba aquel sujeto y le regaló el premio honorífico de su trabajo.

.....

»Desde aquel momento el sujeto de aspecto simpático, tez morena, largas barbas y casi calvo, aplaudió como un loco todo lo que ejecutó el citado ma-

tador, sin distinguir lo bueno de lo malo.

» ¡Así son muchos aficionados!

* * *

» En la corrida siguiente, toreando reses de Veragua, otro sujeto de menos edad que aquél y que ocupaba un sitio próximo al del sucedido anterior, llamó *Oruga* á Mazzantini cuando á volapié dió una magnífica estocada.

» El diestro lo oyó, y cuando tuvo en su poder la oreja del bicho, con la que el público le probó su agrado por la faena y la inoportunidad de aquella frase, acudió á donde salió la voz y dijo, alargando el brazo:

» — Que tome la oreja el que me ha dicho eso, para que vea que no le guardo rencor.

» Y á la palabra acompañó la acción, llevándose la mano al pecho» (I).

(I) POSTURAS: número 28, año I, de *Sol y Sombra*.

Luis Mazzantini, en suma, pasará á la historia como un matador de toros excepcional, digno competidor de los mejores diestros de su época y verdadero *campeón del volapié*.

Por nuestra parte, no vacilamos en afirmar que le consideramos con méritos suficientes, y aun sobrados, para que su nombre, sin desdoro, figure á la altura en que están los de sus contemporáneos más famosos y aplaudidos; pues por algo Luis *llenó una época*, logrando en muy poco tiempo conquistar innumerables simpatías entre la afición y ser, durante algunos años, el espada predilecto, que *hiciera apretar* á *Lagartijo* y *Fascuelo*, según la gráfica afirmación de Salvador.



ÍNDICE

	Páginas
I.—El aprendizaje.....	5
II.—Mazzantini, matador de toros....	17
III.—Un poco de historia.....	39
IV.—La retirada.—Algunas anécdotas.	63



ERRATA

En la página 60, línea 24, de este folleto, se ha deslizado una importante, que conviene subsanar.

La última corrida que toreó Mazzantini en Guatemala, se efectuó el 12 de Febrero de 1905, y no 1904, como, equivocadamente, aparece impreso.

Aunque el buen juicio de los lectores habrá suplido seguramente la falta, nos creemos obligados á deshacer el error en gracia á la exactitud del dato.



GINÉS CARRIÓN, EDITOR

VERÓNICA, 13 Y 15, MADRID

Publicaciones de esta casa:

Biblioteca SOL Y SOMBRA

á 50 céntimos tomo.

Volúmenes publicados:

- I.—**Manuel García, el ESPARTERO.**
- II.—**Rafael Guerra, GUERRITA.**
- III.—**Antonio Reverte Jiménez.**
- IV.—**Salvador Sánchez, FRASCUELO.**
- V.—**Rafael Molla, LAGARTIJO.**
- VI.—**Rafael González, MACHAQUITO.**
- VII.—**Ricardo Torres, BOMBITA CHICO.**
- VIII.—**Antonio Montes**
- IX.—**Antonio Fuentes.**
- X.—**Luis Mazzantini**

Biblioteca Internacional Económica

Á PESETA EL TOMO

Van publicados:

- I.—**Balzac: El Hijo maldito**, versión española de Luis Falcato.
- II.—**Marte Miquel: El Proceso de Satanas**, novela original.
- III.—**Voltaire: La poesía épica y el gusto de los pueblos**, traducción de E. Barriobero Herrán.
- IV.—**A. Herculano.—Leyendas y narraciones**, versión española de Luis Falcato.
- V y VI.—**Suetonius: Roma galante bajo los Césares**, primera versión del latín al castellano por E. Barriobero (dos tomos).

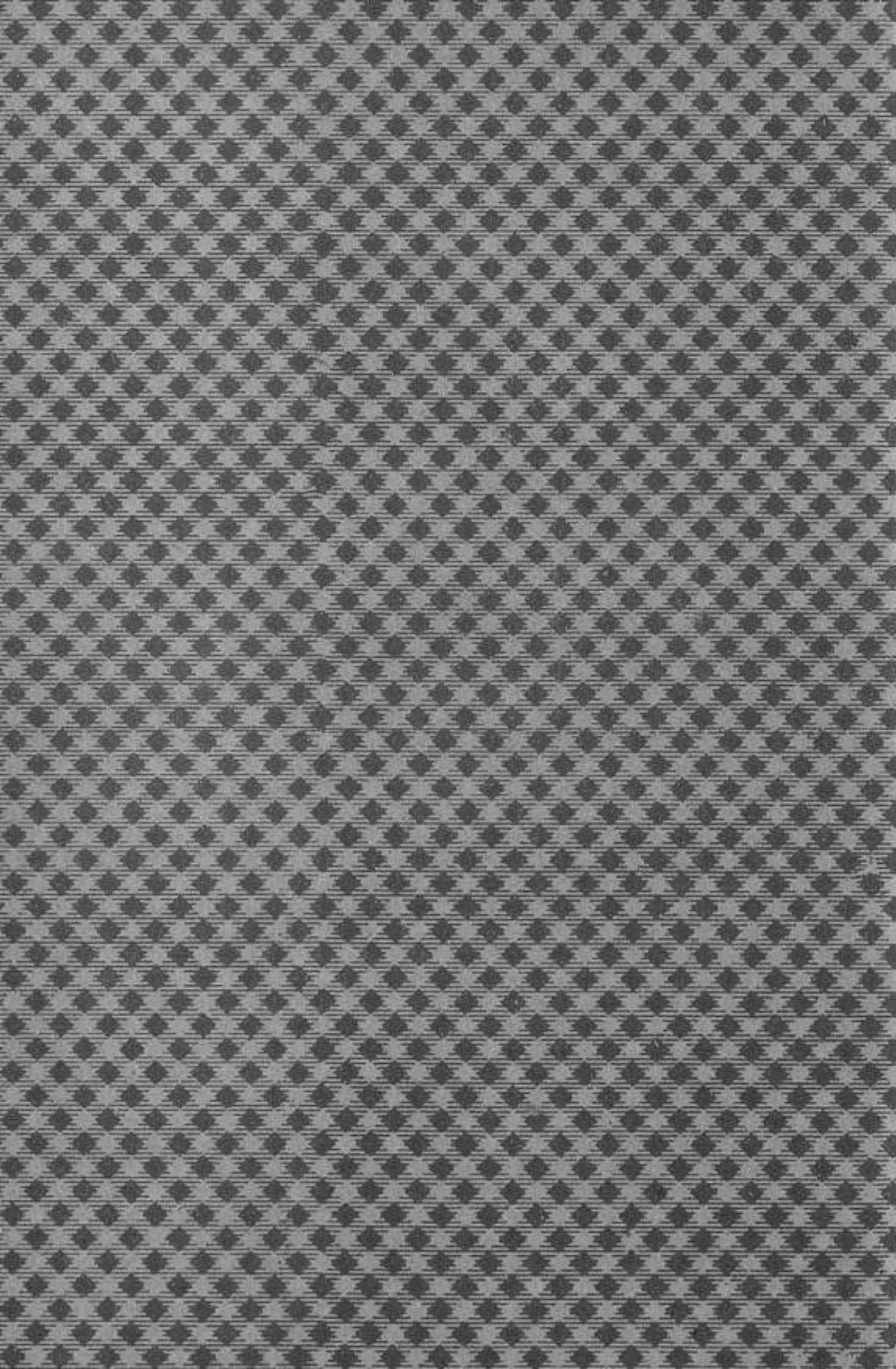
TARJETAS POSTALES "SOL Y SOMBRA,"

Á 5 CÉNTIMOS CADA UNA

En venta:

Primera serie: *Suertes del toreo.*

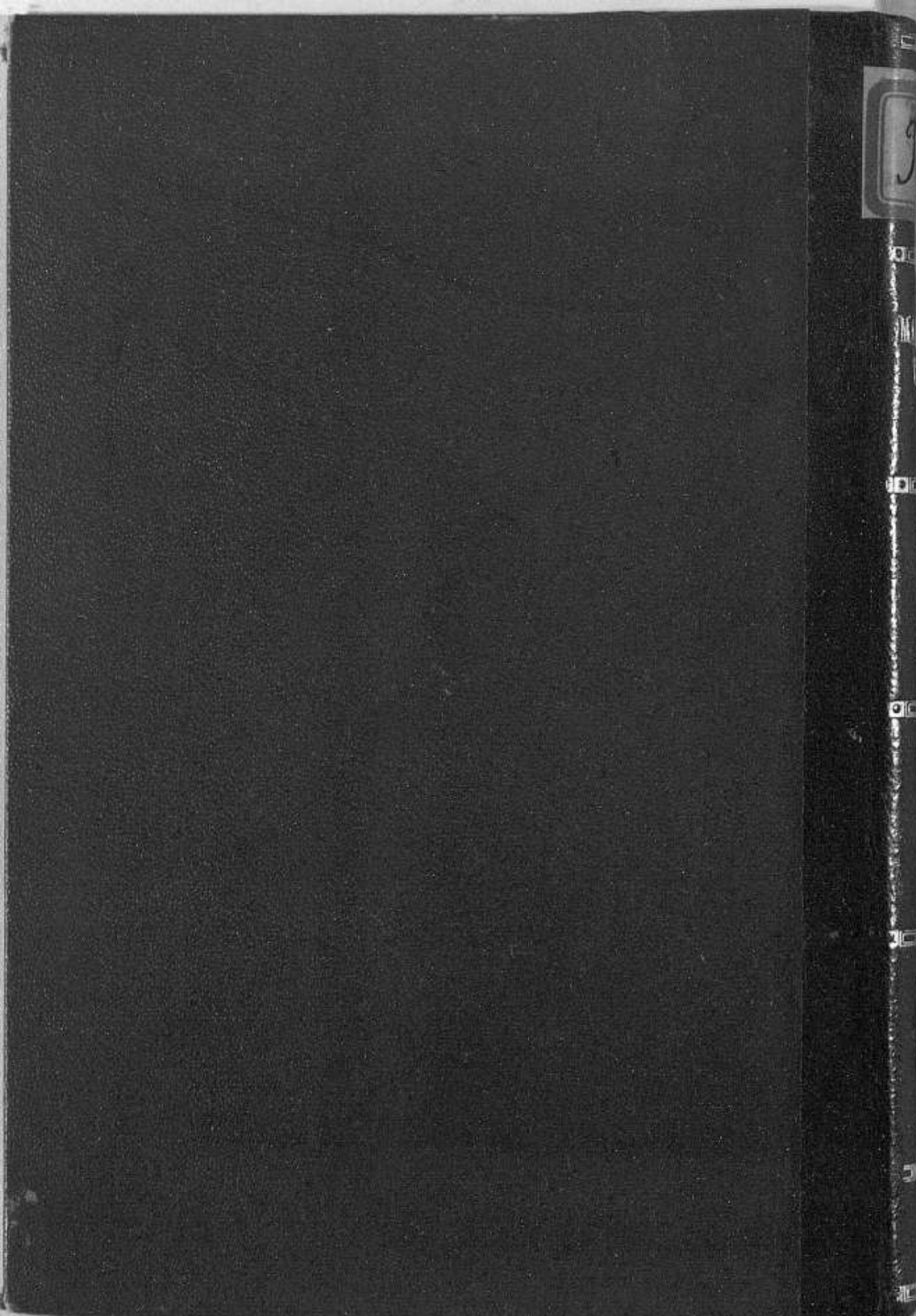
Segunda id.: *Retratos de matadores.*



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número.....	302
Estante	1
Tabla... .	7
	Número de tomos.



THE
WORLD'S
LARGEST
LIBRARY

OF
CLASSICAL
LITERATURE

AND
HISTORICAL
SCIENCE

IN
A
UNIVERSITY
LIBRARY

AT
THE
UNIVERSITY
OF
MICHIGAN

DETROIT,
MICHIGAN,
U.S.A.

1890

THE
UNIVERSITY
LIBRARY

DETROIT,
MICHIGAN,
U.S.A.

1890